

Los estudiosos de la literatura han dedicado escasa atención a este tipo de publicaciones, limitándose, por otra parte, a referirse de pasada a la decadencia de la «novela galante». No creo que se trate de fenómenos independientes.

GONZALO SANTONJA
Conde de Sepúlveda, 1
40002 SEGOVIA

Códigos del saber y contra la desdicha

Hace algunos años, cuando en España estaba muy viva la conciencia del cambio político hacia la democracia y todos los estamentos sociales se movían en el légame de la más cruda esperanza, un rótulo mural me asaltaba con relativa frecuencia en el agobiado discurrir ciudadano, una pintada callejera rotunda, inapelable. Decía así: «Presos a la calle». Y lo suscribía una asociación de lucha antipenal. Por vía inconsciente, que ahora trato de coordinar, yo relacionaba la propuesta con Platón, más exactamente con la imagen de la caverna de Platón.

Para medio esclarecer la referencia es preciso descender a circunstancias personales, no exclusivas, fácilmente transmisibles a la colectividad representada por el ciudadano medio, y al significado esencial que el discípulo de Sócrates pudo otorgarle a su alegoría de la caverna. Esta imagen es una de las más insondables en toda la historia del pensamiento, porque pone de relieve, con mucha anticipación, la facultad, los límites y el relativismo del conocer, la cultura de la libertad y la hechura materializada de la condición humana, en palabras del propio autor de *La República o de lo justo*: «Pues esa es, precisamente, la imagen de la condición humana. El antro subterráneo es este mundo visible; el fuego que lo ilumina, la luz del sol; el cautivo que sube a la región superior y la contempla, es el alma que se eleva hasta la esfera inteligible.» La idea esquemática platónica que ayuda a perfilar el sentido de la caverna se resume en esta frase: «La opinión es al conocimiento, lo que las apariencias son a las cosas que representan.»

Platón, recordemos, hace imaginar un antro tenebroso en el que se hallan encadenados unos hombres desde su infancia. No pueden cambiar de postura. Un fuego los ilumina por la espalda y, entre el fuego y los cautivos, existe un camino a lo largo del cual hay un muro tras el que transitan hombres portando toda suerte de objetos. Los cautivos no ven más que la proyección de las sombras frente a ellos, forzados a creer que la realidad es sólo eso que nosotros sabemos que corresponde al reflejo de otra realidad, ignorada por demás. «Finalmente —dice Platón—, no creerían que existiese nada real fuera de las sombras». Pero si se desata a uno de estos cautivos y se le obliga a mirar en derredor y a salir de la caverna, adquiere entonces, tras los consiguientes trastornos, la auténtica noción de la realidad y de la luz verdadera, alcanza la «esfera inteligible», en cuyos límites está la «idea del bien», lo bello y lo bueno como meta posible. Y no es de extrañar que el liberado desdeñe las sombras

de la caverna, primitivas, elementales, y no quiera ya abandonar la zona de luz y alta sabiduría, ni discutir los zafios problemas de aquellos que permanecen sórdidamente atrapados en la oscuridad de la gruta. Mas en *La República* de Platón los conocedores de lo justo, lo bello y el bien —el sabio o filósofo por excelencia— se obligan a dejar la «pura luz» y a aceptar el mando como un «yugo inevitable». Esta es la tan conocida tesis central de *La República*: el remedio de los males por el gobierno de los filósofos.

Conviene apresurarse a decir que la imagen de la caverna debe su importancia y vigor actual más a la representación de una alegoría de las posibilidades y restricciones del saber, a las miserias del conocimiento objetivo, a la incertidumbre del sentido de la realidad, que a la consecuencia bien poco resuelta y hartamente ambigua de elevar al poder a los filósofos, aun tratándose del filósofo humanista de la época.

Dos mil años después de la imagen platónica, un ciudadano cualquiera aturdido, en medio de una multitud aturdida que acude mecánicamente en el sucio amanecer al difícil puesto de trabajo, sube a trompicones las inmensas escaleras rodantes —y rotas— de los ferrocarriles suburbanos que la traen de estériles periferias a través de alquitranes y túneles (¿cavernas «evolucionadas»?) y, al levantar este ciudadano la mirada de los talones y los traseros que le preceden, ve la inscripción en la pared, «Presos a la calle», y recuerda a Platón en el sentido de que los penados por los que se pide libertad, bien podrían ser los cautivos de la caverna, mientras que el ciudadano, en buena regla alegórica, puesto que posee libertad y ocasión de discernir sombras y fantasmas y comprobar las diversas dimensiones de la realidad viviendo en «plena luz» platónica, debería sentirse un filósofo, pero en realidad se siente otro preso, aun reconociendo grados y matices. Sin embargo, frente a la sociedad contemporánea, que ha desembocado en un trágico neomaniqueísmo armado con armas sin apelación, absolutizada en sus determinismos y cuya moral es tan laxa y fracasada que ni tan siquiera ha podido desterrar el terrorismo como medio de presión, las palabras «libertad», «sabiduría», «plena luz» se cargan de misticismo, se reducen a su mínima expresión o, en cualquier caso, carecen de connotaciones especiales.

La utopía de Platón, extrema, se polarizaba entre la sombra total y la luz completa, que no se sabe bien lo que es, pero dos mil y pico de años más tarde salir de la caverna equivale a entrar en otra. Se comprende que hay una sucesividad cavernícola y que en cualquier momento y situación surge el mecanismo de la hoguera y las sombras, es decir, la ignorancia de la verdad y la duda del conocimiento objetivo y, como suele decirse con optimismo, «científico». La extraordinaria imagen de Platón es profunda en la medida en que o la caverna no tiene salida o la «pura luz» y el sentido de lo bello y de lo justo constituyen otra caverna, lo cual no deja de ser una desolada reinterpretación *moderna* de la imagen. Si bien Platón puso en boca de Sócrates «que los verdaderos filósofos no trabajan durante su vida, sino en prepararse para la muerte», tampoco se puede pasar por alto que el autor gigantesco de los *Diálogos* ya luchó dialécticamente por establecer la inmortalidad del alma y el desprecio del cuerpo. Hoy se ha perdido solemnemente esta confianza, ni el cuerpo es tan despreciable ni al alma inmortal se le ve mucha utilidad. Sólo quedan las cavernas sucesivas a distintos niveles y, para conseguir la más aireada y limpia, hay que volver a Platón, a los antiguos y a su «fiebre de felicidad», las cavernas que aspiran a la salud,

la belleza, la buena disposición de alma, la libertad y lo justo. Dentro de la gran crisis, no parece extravagante retornar a las antiguas «normas de consuelo» en la idea de que conservan virtudes y enseñanzas recuperables en algún sentido.

Buda no trató de enseñar más que dos cosas: el sufrimiento y la liberación del sufrimiento. Confucio constató que todos los hombres aspiran a la felicidad y ésta es un problema de moderación y renuncia a los extremos, como Horacio. Durante mucho tiempo —y esto no tendría por qué olvidarse— el problema del conocimiento se confundió con una terapéutica de vida. Epicuro, por ejemplo, es como una réplica occidental y sensual —en el sentido noble de la palabra— de las filosofías ascético-místicas orientales y tiene algo también de sofista y de estoico, por debajo de su máxima principal de que «el deleite es el fin». Epicuro es otro bien hallado campeón de la felicidad. «El fin no es otro que vivir felizmente», cita su panegirista mayor y transmisor testamentario Diógenes Laercio. Sólo que el deleite y su posible felicidad no rinden su preciada gracia si no es desde la moderación y la prudencia, tanto en lo que se refiere a los placeres de la mesa como del sexo, y ya el propio Epicuro se preocupó de combatir a los detractores que habían interpretado «siniestramente» su doctrina en el sentido de viciosa y de grosero materialismo. Las enseñanzas de Epicuro son, en efecto, materialistas, pero no groseras. Antes al contrario, destilan un delicado, sencillo y frugal hedonismo, fundamentado en el hecho no de gozar poco, sino más bien de necesitar poco y en la idea de que no podía haber «vida dulce» si no era al mismo tiempo prudente, honesta y justa.

Ha prevalecido la noción de un Epicuro morigerado y pragmático, maestro en dosificar la medida del placer y el conocimiento de los límites hasta conseguir la perdurabilidad del deleite. Sin duda, pertenece a la esfera de la difamación lo que decía Timócrates, a saber, que Epicuro «vomitaba dos veces al día por los excesos de lujo y la molicie». A la esfera de la simple difamación o a la sabida y preocupante falta de correspondencia que suele haber entre la vida práctica y las admoniciones teóricas. De todas formas, acaso como un grave vicio histórico-literario universal, o heredamos las teorías no siempre confirmadas en la práctica o la difamación.

La autoridad de Epicuro —señala Zeller— quedó fortalecida en las centurias siguientes a su muerte, al quedar trasvasadas sus ideas a las formas concisas del aforismo, en parte destinado al aprendizaje memorístico. Vemos que la capacidad retentiva y sentenciosa del aforismo se responsabiliza de sostener y transmitir más de una cultura de la antigüedad, como es el caso de todos los libros sagrados, de la *Biblia* al *Corán*, de Confucio, de Heráclito, de Marco Aurelio y de tantos otros.

Retirado del bullicio, Epicuro enseñó en el jardín de su casa, y parece que tuvo una vejez feliz, aunque no sana. Murió del riñón, el «mal de piedra», pasados los setenta años de edad. Entró en un baño de agua caliente, pidió vino y recomendó el recuerdo de sus dogmas. El más célebre de todos se refiere, precisamente, al problema de morir. Su teoría del placer le llevó a rebajar el temor a la muerte, que en verdad se presenta como un fastidioso engorro, una perturbación inocua de los goces del sentido, «porque todo bien y todo mal está en el sentido, y la muerte no es otra cosa que la privación de este sentido mismo». El conocimiento de que la muerte no es «contra nosotros» —divaga bienintencionadamente Epicuro— hace que disfrutemos